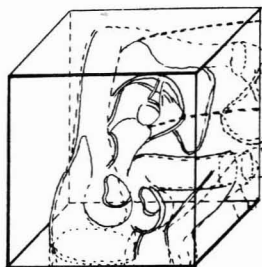


Giuseppe Tomasi di Lampedusa

Lighea



A fines del otoño de 1938 me hallaba en plena crisis de misantropía. En esos tiempos residía en Turín y la "tota"* No. 1, mientras yo dormía, hurgando en mis bolsillos por ver si encontraba un billete de cincuenta liras, descubrió también una cartita de la "tota" No. 2 que, a pesar de tantas incorrecciones ortográficas, no dejaba lugar a dudas acerca de la naturaleza de nuestras relaciones.

Mi despertar fue inmediato y borrascoso. El apartamentito de la calle Peyron retumbó con los insultos dichos en dialecto; ella quería sacarme los ojos y habría logrado su propósito de no haberle sujetado las muñecas a la querida muchacha. Mi acción defensiva puso fin al escándalo, pero también al idilio. Se vistió apresuradamente, metió en su bolsa borla, carmín, pañuelito, el billete de cincuenta liras, causa de tantos males, me lanzó a la cara un triple "gran puerco" y se fue. Nunca fue más bella que en ese cuarto de hora furibundo. Desde la ventana la vi salir y alejarse en la ligera niebla de la mañana, alta, esbelta, ufana en su reconquistada elegancia.

No he vuelto a verla más, como jamás he vuelto a ver el "pull over" de cashmir negro que me costó un ojo de la cara y que tenía el funesto mérito de adaptarse tanto a hombres como a mujeres. Ella solamente me dejó, sobre la cama, dos de esas horquillas onduladas que llaman "invisibles".

Esa misma tarde tenía una cita con la No. 2 en una pastelería de la Plaza Carlo Felice. En la mesita redonda del rincón oeste de la segunda sala —que era el "nuestro"— no vi la cabellera castaña de aquella muchacha más que nunca deseada, sino la facha astuta de Tonino, un hermanito suyo de doce años, que acababa de engullir un chocolate con doble crema. Cuando me aproximé se levantó con toda la habitual urbanidad turinesa. "Monsú, la Pinotta no vendrá; me encargó darle este recado. Hasta luego, monsú." Y salió llevándose dos pasteles que quedaban en un plato. En el papelito color marfil se me notificaba la ruptura total, motivada por mi infamia y "deshonestidad meridional". Estaba claro que la No. 1 buscó e instigó a la No. 2 para que yo quedara como el perro de las dos tortas.

En doce horas perdí a dos muchachas que tan bien se complementaban, más un "pull over" y el dinero que pagué por el consumo del infernal Tonino. Mi sicilianísimo amor propio estaba humillado. Me sentí quebrantado y decidí abandonar por algún tiempo el mundo y sus pompas.

Para este periodo de retiro no pude encontrar lugar más adecuado que el café de la calle Po, donde ahora, solo como un perro, me detenía en todo momento libre, y, siempre, todas las noches después de mi trabajo en el periódico. Era una especie de Hades poblado por exangües sombras de teniente-coroneles, magistrados y profesores jubilados. Estas vanas apariencias jugaban a las barajas o

al dominó, sumergidas en una luz oscurecida durante el día por los portales y por las nubes; en la noche, por las pantallas de los enormes lampadarios. Y nunca levantaban la voz, temerosos de que un sonido demasiado fuerte rompiera la débil urdimbre de su apariencia. Un adecuadísimo Limbo.

Como siempre he sido un animal de hábitos, me sentaba siempre a la misma mesita rinconera, esmeradamente diseñada para ofrecer al cliente la máxima incomodidad posible. A mi izquierda, dos espectros de oficiales superiores jugaban "tric-trac" con dos larvas de consejeros del tribunal de justicia; los dados militares y judiciales se deslizaban, átonos, fuera del vaso de cuero. A mi izquierda se sentaba también un señor de edad muy avanzada, liado en un abrigo viejo con cuello de astrakán despelechado. Leía sin tregua revistas extranjeras, fumaba puritos toscanos y escupía frecuentemente; de vez en cuando cerraba las revistas y parecía seguir en las volutas de humo algún recuerdo. Luego retomaba la lectura y escupía. Sus manos eran feísimas, nudosas, rojizas, con las uñas recortadas sin curva y no siempre limpias. Pero una vez que encontró en una de sus revistas la fotografía de una arcaica estatua griega —una de aquellas cuyos ojos están muy lejos de la nariz y que sonríen ambiguamente—, me asombré al verlo acariciar, con las yemas de sus dedos deformes, los contornos de la figura, con una delicadeza real. Se sintió sorprendido, gruñó rabioso y ordenó un segundo express.

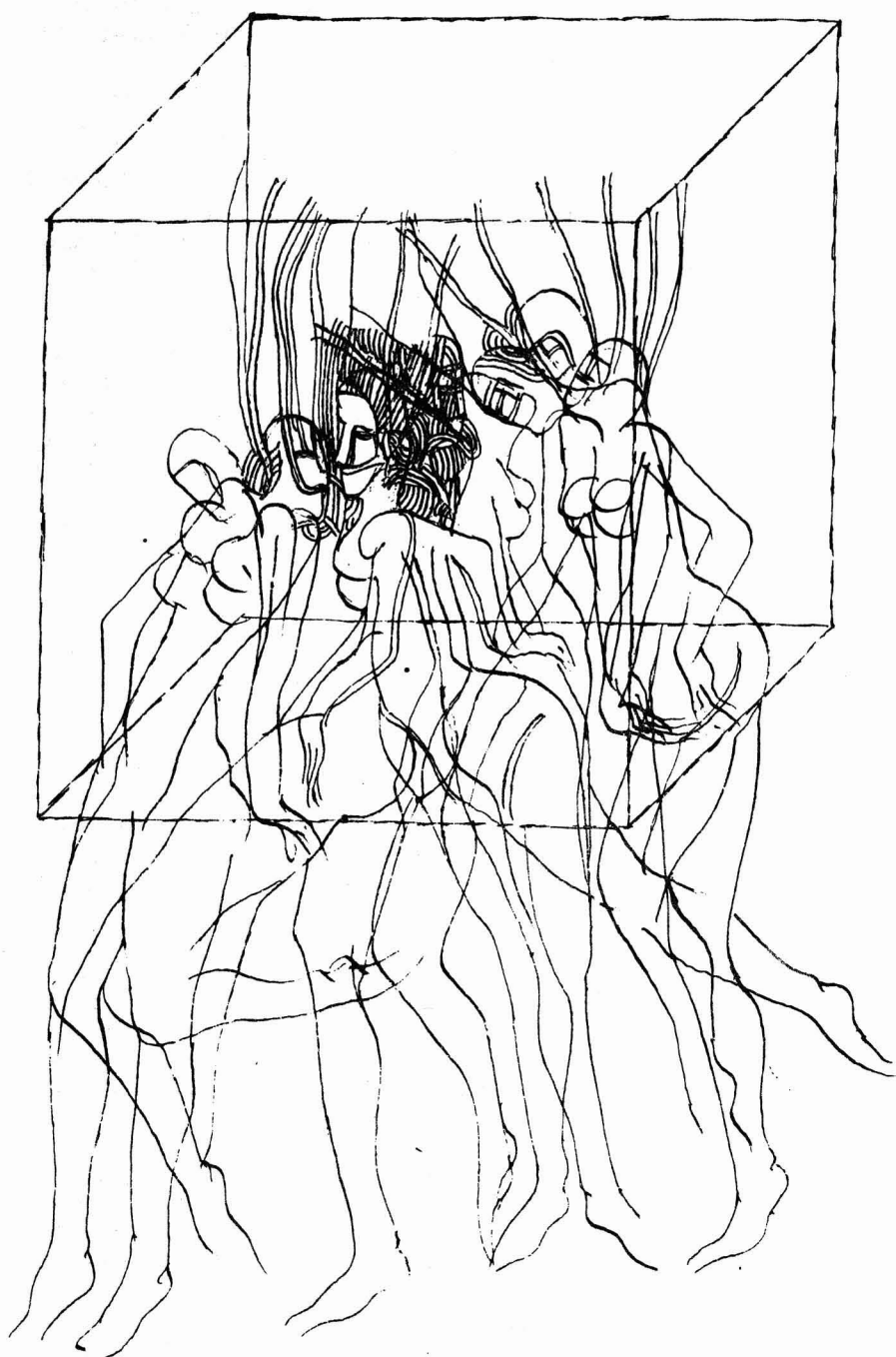
Nuestras relaciones habrían quedado en un plano de latente hostilidad si no se hubiera presentado un accidente afortunado. De la redacción me llevaba cinco o seis periódicos, y entre ellos, una vez, el *Giornale di Sicilia*. Eran los años en que más se encarnizaba el Ministerio de Cultura Popular y todos los periódicos eran iguales; ese número del periódico palermitano era más banal que nunca y no se distinguía de un periódico de Roma o de Milán sino en su imperfección tipográfica. Esa fue la razón de mi breve lectura y de que pronto lo dejara sobre la mesita. Comenzaba a contemplar otra encarnación del Minculpop, cuando mi vecino me dirigió la palabra: "Perdone, señor, le molesta si le doy una ojeada a su *Giornale di Sicilia*? Soy siciliano y hace veinte años que no veo un periódico de mi tierra." Tenía una voz cultivada, acento impecable. Los grises ojos del viejo me miraban con profunda indiferencia. "De ninguna manera; léalo. Yo también soy siciliano, y si usted lo desea, me será muy fácil traérselo todas las noches." "Gracias, no creo que sea necesario; mi curiosidad es solamente física. Si Sicilia sigue aún como en mis tiempos, puedo imaginar que allí no ha sucedido nada de bueno después de tres mil años."

Leyó de mala gana el periódico, lo volvió a doblar, y, después de devolvérmelo, se engolfó en la lectura de un opúsculo. Se levantó con la evidente intención de escabullirse sin saludar, pero yo me

* Amante, querida, en dialecto turinés

levanté y me presenté. Murmuró entre dientes un nombre que no oí bien, pero me tendió la mano. En el umbral de la puerta del café, sin embargo, se volvió y, quitándose el sombrero, gritó con mucha fuerza: "Ciao, paisano." Desapareció, bajo los portales, dejándome aturrido y provocando gemidos de reproche entre las sombras que jugaban.

Cumplí con los ritos mágicos para materializar a un mesero y le pregunté, indicándole la mesa vacía. "¿Qué quién es ese señor? Ese señor es el *senatour* Rosario La Ciura."

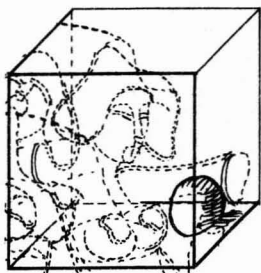


Ese nombre le decía mucho incluso a mi lagunosa cultura periodística: era uno de los cinco o seis italianos que poseen una indiscutible reputación universal, pertenecía al más ilustre helenista de nuestros tiempos. Entonces me expliqué las corpulentas revistas y sus caricias al grabado; hasta la quisquillosidad y su escondido refinamiento.

A la mañana siguiente, en el periódico, consulté en el singular fichero que contiene las necrologías "*in spe*." La ficha "La Ciura" estaba allí, pasablemente redactada, de una vez para siempre. Decía cómo el gran hombre nació en Aci-Castello (Catania) en el seno de una pobre familia de la pequeña burguesía; cómo obtuvo a los veintiséis años la cátedra de literatura griega en la Universidad de Pavia; gracias a su estupefaciente afición a la lengua griega y a fuerza de becas y publicaciones eruditas; cómo fue llamado después a la Universidad de Turín, en la que permaneció hasta lograr su jubilación; había dictado cursos en Oxford y en Tübingen y realizado muchos y prolongados viajes porque, como senador pre-facista y miembro de la Academia de los Linceos de Roma, era también doctor *honoris causa* en Yale, Harvard, Nueva Delhi y Tokio, además de las más ilustres universidades europeas, desde Upsala hasta Salamanca. La lista de sus publicaciones era larguísima y muchas de sus obras, referidas especialmente a los dialectos jónicos, se consideraban fundamentales. Baste decir que había recibido el encargo —como único extranjero de preparar la edición teubneriana de Hesíodo, para la que escribió una introducción latina de irrebasable profundidad científica. En fin, gloria máxima. No era miembro de la Academia de Italia. Siempre se había distinguido de sus eruditos colegas por su sentido vivaz, casi carnal, de la antigüedad clásica, el mismo que manifestó en una selección de ensayos italianos *Hombres y dioses*, obra estimada no sólo de alta erudición, sino también de alta poesía. Para terminar de una vez por todas, era "la honra de una nación y el faro de todas las culturas", frase conclusiva del compilador del fichero. Tenía 75 años y vivía, si no en la opulencia, con el decoro que le permitía su pensión y la indemnidad senatorial. Era soltero.

Para qué negarlo: nosotros los italianos, hijos (o padres) de la primera cuna del Renacimiento, estimamos al Gran Humanista como un ser superior a cualquier otro ser humano. La oportunidad de encontrarme ahora en cotidiana proximidad del más alto representante de esta delicada sabiduría, casi nigromántica y tan poco redituable, me halagaba y aturdí; experimentaba las mismas sensaciones de un joven norteamericano a quien le presentan al señor Gillette: temor, respeto y un modo particular de innoble envidia.

Esa noche entré al Limbo con un ánimo muy distinto al de los días precedentes. El senador estaba ya en su sitio y respondió a mi saludo reverencial



con un rezongo apenas perceptible. No obstante, cuando dejó de leer un artículo y de completar unos apuntes en su agenda, se volvió hacia mí y con una voz extremadamente musical me dijo: "Paisano, por el modo con que me has saludado, caigo en las cuentas de que estas larvas ya te dijeron quién soy. Olvídalo, si no lo has hecho ya, y olvida también a los aoristas que estudiaste en Preparatoria. Mejor dime cómo te llamas, pues ayer en la noche farfullaste tu nombre al presentarte y yo no tengo, como tú, el recurso de preguntarle a los demás cuál es tu nombre; porque aquí, ciertamente, nadie te conoce."

Hablaba con insolente indiferencia. Se veía que yo era para él algo menos que un escarabajo, una especie de partícula de polvo que vaga sin sentido bajo los rayos del sol. Sin embargo, la voz pacata, la palabra precisa, el "tú", daban la serena sensación de un diálogo platónico.

"Me llamo Paolo Corbera; nací en Palermo, donde me licencié en leyes. Ahora trabajo aquí, en la redacción de *La Stampa*. Para tranquilizarlo, senador, debo agregar que al terminar la Preparatoria obtuve *un seis* en griego, y que tengo motivos para pensar que me regalaron la calificación sólo para poder otorgarme el diploma."

Sonrió de mala gana. "Gracias por decírmelo; es mejor así. Detesto hablar con gente ignorante que cree saberlo todo, como mis colegas de la Universidad. En el fondo, no conocen sino las formas exteriores del griego, sus extravagancias y deformidades. El espíritu vivo de esta lengua imbécilmente llamada "muerta", no les ha sido revelado. Por otra parte, nada les ha sido revelado. Pobre gente, después de todo: ¿cómo podrían advertir este espíritu si jamás han tenido la oportunidad de oír el griego antiguo?"

Sí, el orgullo está bien; es preferible a la falsa modestia. Pero me parecía que el senador exageraba. De pronto pensé que los años habían reblandecido un poco a ese cerebro excepcional. Los pobres diablos de sus colegas habían tenido la ocasión de oír el griego antiguo tanto como él; es decir, jamás.

Continuaba: "Paolo... Tienes la fortuna de llamarte como el único apóstol que tuvo un poco de cultura y algún barniz de buenas letras. Sin embargo, Jerónimo hubiera sido mejor. Los demás nombres que lleváis vosotros los cristianos son verdaderamente demasiado viles. Nombres de esclavos."

Seguía desilusionándose; de veras parecía un vulgar come-curas académico y, para colmo, con una pizca de nietzscheanismo fascista. ¿Cómo era posible?

Seguía hablando con una modulación estrictamente vigilada y con el arrebatado de quien, tal vez, había callado mucho tiempo. "Corbera... ¿Me engaño o no es éste un gran nombre siciliano? Recuerdo que mi padre pagaba por nuestra pequeña casa de Aci-Castello un reducido interés anual en las

oficinas administrativas de una casa Corbera de Palina, o Salina, ya no recuerdo bien. Bromeaba cada vez que lo pagaba, diciendo que si alguna cosa segura había en este mundo era la de que aquellas pocas liras siempre iban a parar en los bolsillos del "dominio directo", como él decía. ¿Pero eres en verdad uno de aquellos Corbera o sólo el descendiente de cualquier campesino que tomó el nombre de su señor?"

Le confesé que era precisamente un Corbera de Salina; es más, que era el único ejemplar sobreviviente de esa familia y en mí se concentraban todos los fastos, todos los pecados, los réditos alterados y todos los pesajes no pagados. Paradójicamente el senador parecía contento.

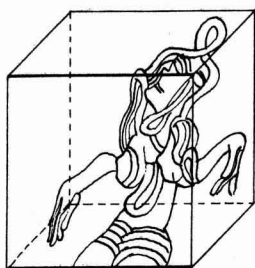
"Bien, bien. Le tengo mucha consideración a las viejas familias. Ellas poseen un memorial; minúsculo, es verdad, pero de cualquier forma mayor al de las otras. Es lo mejor que podéis alcanzar en materia de inmortalidad física. Piensa en casarte pronto, Corbera, puesto que vosotros no habéis encontrado nada mejor para sobrevivir que dispersar la simiente en los lugares más extraños."

Decididamente, me impacientaba. "Vosotros, vosotros." ¿Quién era "vosotros"? ¿Toda la vil grey que no tenía la fortuna de ser el senador La Ciura? ¿El conquistaba la inmortalidad física? Nadie lo hubiera afirmado al ver su rostro arrugado, su cuerpo adiposo...

"Corbera de Salina", continuaba impertérrito "no te ofendes si sigo hablándote de "tú" como a cualquiera de mis alumnillos que son jóvenes solamente un instante".

Me profesé no sólo honrado, sino también feliz, como en realidad estaba. Superadas las cuestiones de nombres y protocolo, hablamos de Sicilia. Hacía veinte años que él no ponía un pie en la isla, y la última vez que estuvo allá abajo (así lo decía, al estilo piamontés), permaneció únicamente cinco días en Siracusa, discutiendo con Paolo Orsi algunos aspectos acerca de la alternancia de los semi-coros en las representaciones clásicas. "Recuerdo que quise llevarme en automóvil de Catania a Siracusa; acepté cuando supe que en Augusta la carretera pasa lejos del mar, mientras que el ferrocarril va a todo lo largo del litoral. Háblame de nuestra isla. Es una isla hermosa, a pesar de estar habitada por borricos. Allí han vivido los Dioses, quizá siguen viviendo aún allí, en los agostos inagotables. Pero no me hables de los cuatro templos recientemente descubiertos, pues nada sabes de esto, estoy seguro."

Hablamos de la Sicilia eterna, de su plenitud en cosas naturales; del perfume del romero en los Nébrosos, del sabor de la miel de Melilli, del ondear de las mieses en los ventosos días de mayo contemplado desde Enna; de las soledades que rodean a Siracusa, de las ráfagas de perfume que los naranjales revierten sobre Palermo —así dicen— durante ciertos atardeceres de junio. Hablamos del encanto



de algunas noches de verano contempladas desde el golfo de Castellammare, cuando las estrellas se reflejan en el mar adormecido y el espíritu de quien, acostado de espaldas entre los lentiscos, se pierde en el vórtice del cielo, mientras el cuerpo, tendido y alerta, teme que se acerquen los demonios.

Después de una ausencia casi total durante cincuenta años, el senador conservaba el recuerdo singularmente preciso de algunos hechos mínimos. “¡El mar! El mar de Sicilia es el más colorido, el más romántico de cuantos he visto. Será la única cosa que no lograréis echar a perder, aparte de las ciudades, se entiende. ¿En las *trattorie* se siguen sirviendo los “rizzi” partidos por la mitad?” Lo tranquilicé; pero tuve que agregar que ahora muy pocos los comen por temor al tifo. “No obstante, es la cosa más bella que tenéis allá abajo. Esas cartilaginosidades ensangrentadas, esos simulacros de órganos femeninos perfumados de sal y de algas. ¡Y os preocupa el tifo! Son peligrosos como todos los dones del mar, que dan la muerte y la inmortalidad. En Siracusa los pedí perentoriamente a Orsi. ¡Qué sabor, qué aspecto divino! ¡El recuerdo más hermoso de mis últimos cincuenta años!”

Yo estaba confundido y fascinado. ¡Un hombre como él, que se abandonaba a metáforas casi obscenas, que exhibía una gula por los —después de todo, mediocres— erizos de mar!

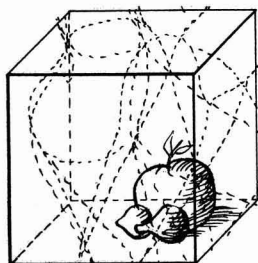
Continuó nuestra larga conversación. Al irse pagó mi express, no sin manifestar su singular aspereza (“sabemos que estos muchachos de buena familia siempre andan a la cuarta pregunta”) y nos despedimos como buenos amigos, sin considerar los cincuenta años que dividían nuestras edades y los millones de años luz que separaban nuestras culturas.

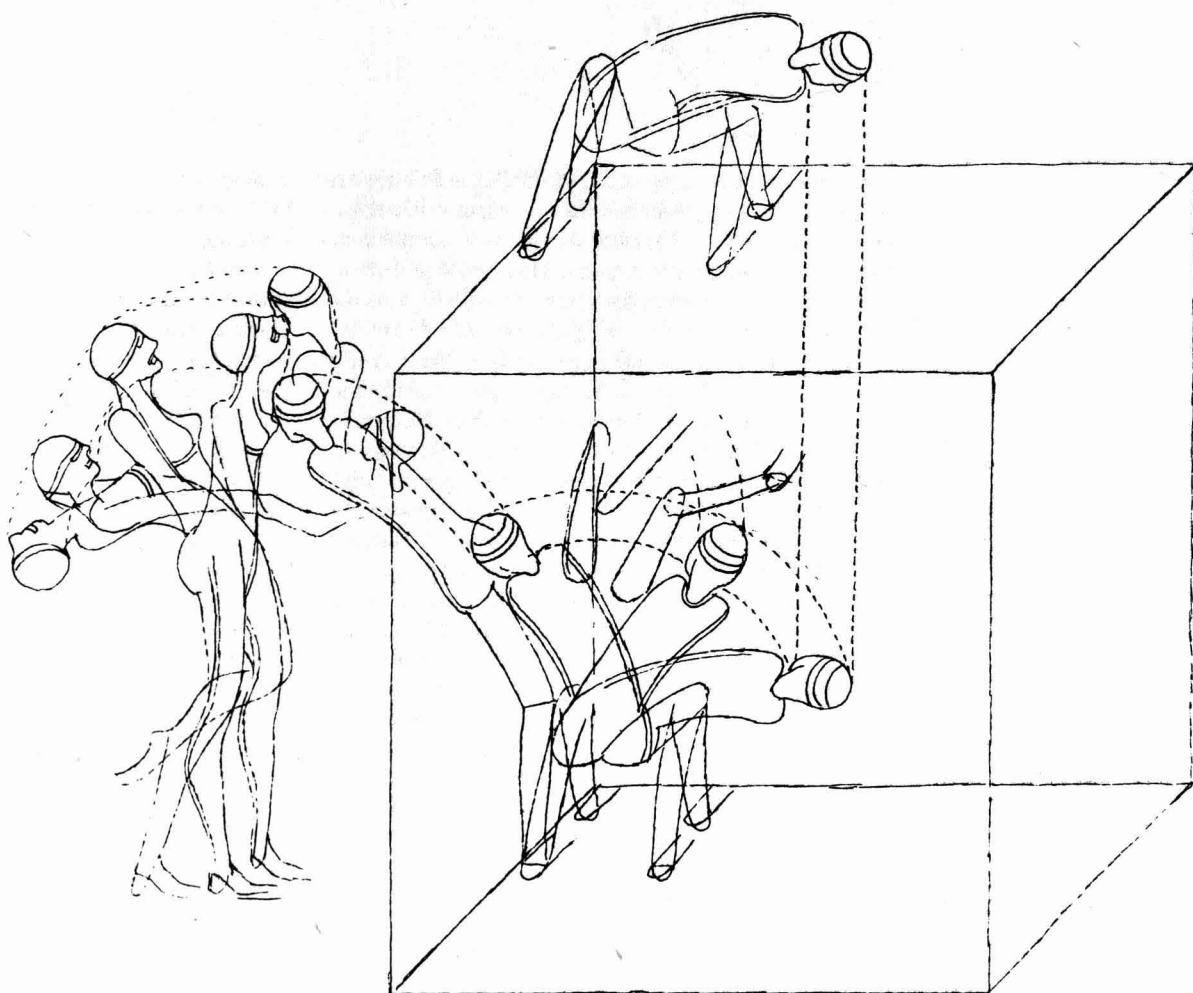
Seguimos encontrándonos todas las noches, y como el humo de furor contra la humanidad iba disipándose, se me convirtió en un deber encontrar al senador en los Infiernos de la calle Po. No charlábamos mucho: él continuaba leyendo, tomando apuntes, y de vez en cuando me dirigía la palabra, pero siempre con una armónica fluidez de orgullo y de insolencia, una mezcla de alusiones disparatadas en corrientes de incomprensible poesía. También seguía escupiendo, y al fin pude observar que lo hacía únicamente cuando leía. Me parece que él también comenzó a tenerme cariño, aunque no me hago muchas ilusiones: si lo sentía, no era como el de “nosotros” (usando la terminología del senador), que se puede sentir hacia un ser humano, sino más bien el que puede sentir una solterona hacia un perro faldero, en el que reconoce su fatuidad e incomprensión, pero cuya existencia le permite expresar en voz alta sus añoranzas, de las que ninguna culpa tiene la pobre bestezuela; sin embargo, la ausencia de ésta aumentaría el malestar. Comencé a notar, en efecto, que cuando el anciano hablaba conmigo no me miraba a mí: su altiva

mirada se dirigía siempre hacia la puerta de ingreso.

Hubo de transcurrir un mes para que de las consideraciones generales —originalísimas, pero genéricas de su parte— pasáramos a los argumentos indiscretos, que son los únicos que distinguen las conversaciones entre amigos y las de los simples conocidos. Y fui yo quien tomó la iniciativa. Su esputación constante me molestaba (como les molestó también a los guardianes del Hades, que terminaron por acercarle a su mesa una escupidera de latón pulido como un espejo). Me atreví a preguntarle por qué no se curaba aquel insistente catarro. Le hice la pregunta irreflexivamente y pronto me arrepentí de mi atrevimiento; esperaba que la ira senatorial hiciera desplomar sobre mi cabeza los artesanados del techo. Nada. Me respondió con su voz muy bien timbrada, pausadamente: “Pero querido Corbera, yo no padezco ningún catarro. Tú, que observas tan minuciosamente, has debido notar que nunca toso antes de escupir. Mi esputación no es señal de enfermedad, sino de salud mental. Escupo por el asco que me dan las tonterías que voy leyendo. Si te quisieras tomar la molestia de examinar ese arnés (me indicaba la escupidera), podrías darte cuenta de que contiene muy poca saliva y ninguna traza de moco. Mis esputos son simbólicos y altamente culturales. Si no te agradan, regresa a tus saloncitos nativos, donde nunca se escupe porque ya nada os provoca náusea.” Su extraordinaria insolencia sólo la atenuaba su mirada distante; no obstante sentí las ganas de levantarme y dejarlo plantado. Por fortuna tuve tiempo de pensar que la culpa era mía, que era la consecuencia de mi irreflexión. Me quedé allí y el impassible senador pasó inmediatamente al contra-ataque. “¿Por qué frecuentes entonces este Erebo lleno de sombras y, como tú dices, de catarros; este geométrico lugar de vidas fallidas? En Turín no faltan esas creaturas que a vosotros os parecen tan deseables. Una cita en Hotel del Castello, en Rívoli, en Moncalieri o en los baños y vuestro sucio solaz pronto se realizaría.” Solté la carcajada al oír en tal boca tan sapientes y exactas informaciones sobre los lugares de placer turinenses. “¿Pero cómo hace usted para conocer tantos lugares como esos, senador?” “Los conozco, Corbera, los conozco. Asistiendo a los Senados Académicos y políticos se aprende esto y nada más que esto. Y hazme la gracia, no obstante, en creerme que vuestros sórdidos placeres nunca lo han sido para Rosario La Ciura.” Decía la verdad. En el comportamiento, en las palabras del senador existía la señal inequívoca (como se decía en 1938) de la circunspección sexual que nada tenía que ver con la edad.

“La verdad, senador, es que empecé a venir aquí como a un temporario asilo alejado del mundo. He tenido contratiempos con dos de esas muchachas que usted estigmatiza con justicia.” La respuesta fue fulminante y despiadada. “¿Cuernos, eh, Corbera, o



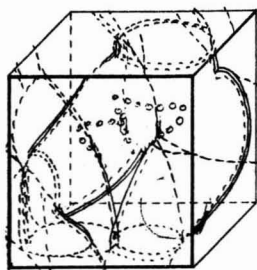


bien enfermedades?" "Ninguna de las dos cosas, sino algo peor: abandono." Y le conté los ridículos acontecimientos de dos meses atrás. Se los conté jocosamente, porque la úlcera en mi amor propio ya estaba cicatrizada. Cualquiera que no hubiera sido ese helenista habría tomado a broma o, excepcionalmente, se habría compadecido de mi ruina. Pero el anciano terrible no hizo ninguna de las dos cosas: se indignó. "Esto es lo que sucede, Corbera, cuando se acoplan los seres enfermos y escuálidos. Lo mismo que te digo se lo diría a esas dos mujerzuelas si tuviera el disgusto de encontrarlas." "¿Enfermas, senador? Las dos eran encantadoras; si las hubiera visto cómo comían cuando íbamos a Los Espejos. Tampoco eran escuálidas: eran dos ejemplares magníficos y elegantes." El senador lanzó uno de sus esputos desdeñosos. "Enfermas, lo he dicho bien, enfermas. Dentro de cincuenta, sesenta años, quizás mucho antes, reventarán, porque ya están enfermas. Y también escuálidas: su hermosa elegancia está hecha de chanchullerías, de "pull over" robados y de mohínes aprendidos en el cine. Hermosa generosidad la de ellas, que andan a la pesca de billetuchos viscosos en los bolsillos del amante, en lugar de regalarle, como hacen otras, perlas rosadas y ramos de coral. Esto es lo que pasa cuando os complicáis con esos borrones pintados. ¿Pero es que no sentíais asco, un asco recíproco al besuquear vuestros futuros esqueletos en sábanas malolientes?" Respondí estúpidamente: "Pero si las sábanas siempre estaban

muy limpias, senador." Se enfureció. "¿Y qué tienen qué ver las sábanas? Era vuestro el hedor a cadáver. Lo repito: ¿Cómo hacéis para correr juergas entre gentes de distinta ralea?" Me ofendí, pues yo codiciaba una deliciosa "coussette" de ventura. "Según usted, no se debe ir a la cama sino con Altezas Serenísimas." "¿Pero quién está hablando de Altezas Serenísimas? Esas también son carne de cañón como las otras. Tú no puedes comprender estas cosas, jovencito; la culpa es mía, por decírtelas. Es fatal que tú y tus amigas os encaminéis por los mefíticos pantanos de los placeres inmundos. Poquísimos son los que lo saben." Sonrió con sus ojos vueltos hacia el techo; en su rostro había una expresión de arrobamiento. Luego me tendió la mano y se fue.

Durante tres días no asistió al café; al cuarto, me telefonearon a la redacción. "¿Usted es *monsú* Corbera? Yo soy Bettina, el ama de llaves del señor senador La Ciura. Le hago saber que ha estado muy resfriado, que ahora está mejor y que desea verlo después de la cena, a las nueve. Venga a la calle Bertola, número 18, segundo piso." El recado, perentoriamente interrumpido, era inapelable.

El número 18 de la calle Bertola era un viejo edificio arruinado, pero el apartamento del senador conservaba su dignidad, supongo que gracias a las diligencias de Bettina. Desde el recibidor había estanterías llenas de libros, de esos libros en ediciones baratas, de aspecto modesto, que existen en



todas las bibliotecas vivas. Había millares de ellos en las tres salas que atravesé. En la cuarta sala estaba sentado el senador, envuelto en una bata amplísima, de pelo de camello, fina y mórbida como nunca he vuelto a ver. Después supe que no era de pelo de camello, sino de una lana preciosa de un animal peruano, regalo que le hizo el Senado Académico de Lima. Cuando llegué el senador me recibió sin levantarse, pero con mucha cordialidad. Se sentía mejor, casi recuperado y contaba con retomar su vida normal tan pronto cedieran las fuertes nevadas que cubrían a Turín. Me ofreció vino resinoso de Chipre, obsequio del Instituto Italiano de Atenas; atroces "lukums" color de rosa, enviados por la Misión Arqueológica de Ankara y unos más racionales dulces que compró la previsora Bettina. El senador estaba de muy buen humor; rió dos veces abiertamente y se disculpó por sus arrebatos en el Hades. "Lo sé, Corbera, lo sé; he estado tan excesivo en los términos como moderado en los conceptos, créemelo. Pero olvídale." No sólo lo había olvidado ya, sino que me sentía lleno de respeto hacia ese anciano infeliz a pesar de su carrera triunfal. El seguía devorando los abominables "lukums". "Los dulces, querido Corbera, deben ser dulces y nada más que dulces. Si se les añade cualquier otro sabor son como unos besos perversos." Y le daba grandes pedazos a Eaco, un gran *boxer* que entró a la sala un poco antes. "Este perro, Corbera, si puedes comprenderlo, a pesar de su fealdad se asemeja más a los Inmortales que tus gatonas." No quiso mostrarme su biblioteca. "Son cosas clásicas que no pueden interesarle a uno como tú, moralmente reprobado en griego." Pero me hizo pasar a una sala que hacía las veces de estudio. Allí había unos cuantos libros; vi el *Teatro* de Tirso de Molina, la *Undine* de Lamotte-Fouqué, el drama homónimo de Giraudoux y, con gran sorpresa de mi parte, las obras de H. G. Wells. Como compensación había en las paredes enormes fotografías de estatuas griegas arcaicas, en tamaño natural. No eran las acostumbradas fotografías que todos podemos procurarnos, sino estupendos ejemplares solicitados con autoridad y enviados devotamente por los museos de todo el mundo. Allí estaban todas esas magníficas creaturas: el *Caballero* del Louvre; la *Diosa sentada* de Taranto, que está en Berlín; el *Guerrero* de Delfos; la *Coré* del Acrópolis; el *Apolo* de Piombino; la *Mujer Lapita*; el *Febo* de Olimpia y el celebrísimo *Auriga*. . . La sala destellaba con sus sonrisas estáticas y, al mismo tiempo, irónicas; eran la exaltación del soberbio reposo de su porte. "Ve, Corbera, éstas sí, tal vez, las "tote" jamás." Anforas y cráteras antiguas sobre la chimenea: Odiseo amarrado al mástil de la nave; las Sirenas que, desde lo alto de los riscos, se lanzaban contra los escollos, despedazándose, como expiación por haber dejado escapar la presa. "Estas son patrañas, Corbera; patrañas pequenoburguesas de los poetas; nadie se escapa, y si

alguno lograra librarse, las Sirenas no morirían por tan poca cosa. Y aunque así fuera, ¿cómo podrían morir?"

Sobre una mesita, en un marco modesto, una vieja y descolorida fotografía: un joven de veinte años, casi desnudo, con los cabellos ensortijados al desgaire y una expresión gallarda en las facciones de rara belleza. Perplejo, me detuve un instante: creí entenderlo todo. Me equivoqué. "Y éste, paisano, era, es y será Rosario La Ciura."

Ese señor enfundado en una bata había sido un joven dios.

Luego hablamos de otras cosas y, antes de marcharme, me mostró una carta escrita en francés por el Rector de la Universidad de Coimbra, que lo invitaba a formar parte del comité de honor en el congreso de estudios helénicos que se llevaría a cabo el próximo mes de mayo en Portugal. "Estoy muy contento; me embarcaré en Génova a bordo del *Rex*, junto a los congresistas franceses, suizos y alemanes. Me taparé los oídos, como Odiseo, para no oír las zarandajas de esos amenguados. Serán días de hermosa navegación: sol, azul y olor de mar."

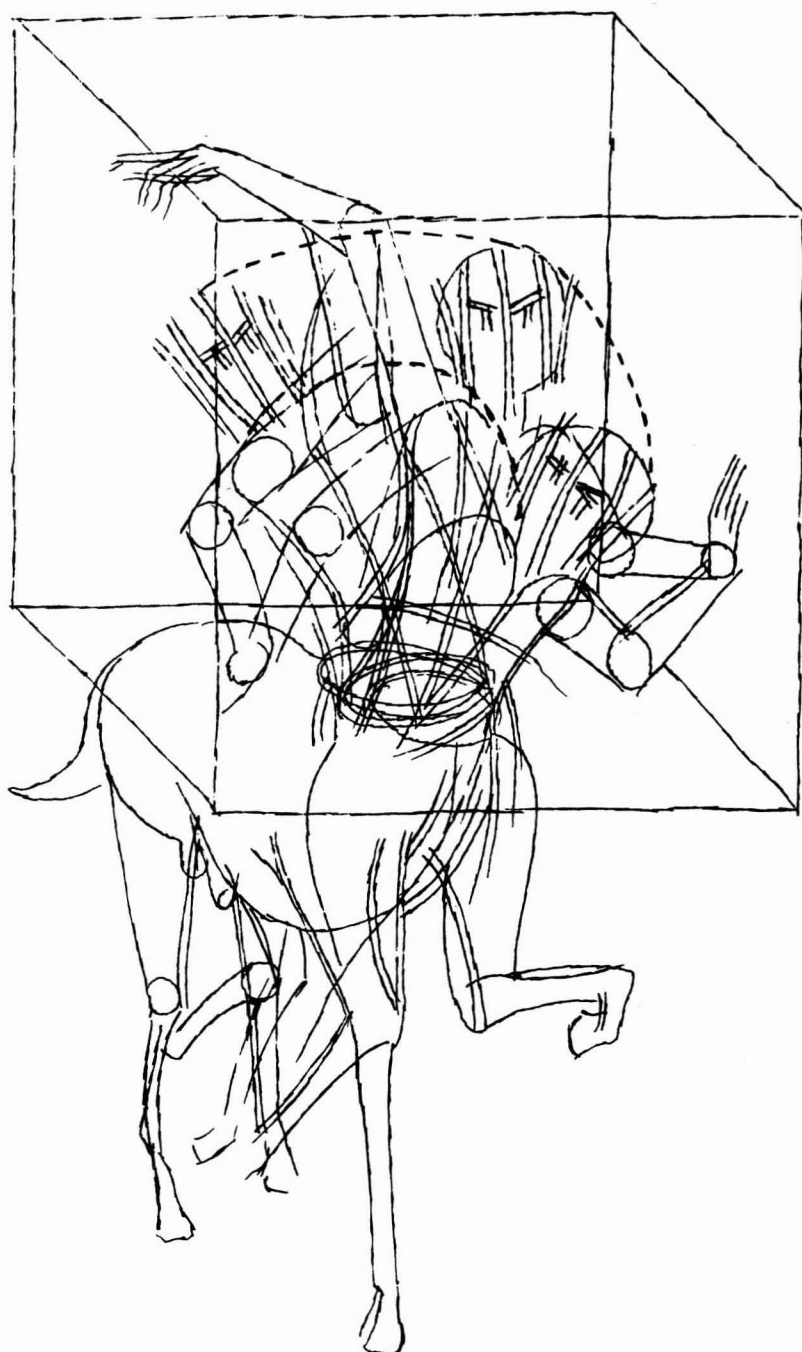
Al salir, pasamos junto al estante en donde estaban las obras de Wells y osé manifestarle mi sorpresa de verlas allí. "Tienes razón, Corbera, son un horror. Si relejera una novelilla que ahí está, sentiría las ganas de escupir durante todo un mes, y tu, cachorrito de salón, te escandalizarías."

Después de visitarlo nuestras relaciones se volvieron claramente cordiales, al menos por mi parte. Lo dispuse todo para que me enviaran de Génova erizos de mar y frescos. Cuando supe que llegarían al día siguiente, compré vino del Etna y pan de campesinos. Temeroso, lo invité a mi apartamento. Para mi alivio, aceptó contentísimo. Fui por él en mi coche Balilla y lo arrastré hasta la calle Peyron, que se hallaba en casa de los mil diablos. Se sintió nervioso durante todo el trayecto, pues no tenía ninguna confianza en mi pericia de conductor. "Ahora te conozco, Corbera. Si por desventura nos encontramos con alguno de tus borrones en sotana, eres capaz de volcar el coche y nos romperemos la jeta en una esquina." No encontramos a ningún aborto con faldas que valiera la pena y llegamos intactos.

El senador se carcajeó por primera vez desde que yo lo conocía, ocurrió cuando entramos a mi recámara. "Conque este es, Corbera, este es el centro de tus sucias aventuras." Examinó mis pocos libros. "Bien, bien. Creo que eres menos ignorante de lo que pareces." Y tomando en sus manos mi Shakespeare, agregó: "Este entendía algo. 'A sea change into something rich and strange.' 'What potions have I drunk of Syren tears?'"

Cuando la buena señora Carmagnola entró a la sala llevando la bandeja con los erizos, limones y demás cosas, el senador se quedó extático. "¿Cómo? ¿pensaste en esto? ¿Cómo supiste que es la

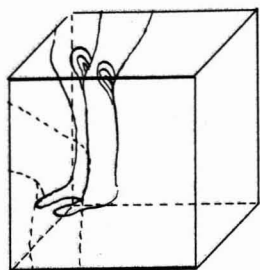
cosa que más deseo?” “Cómalos con toda confianza, senador. Esta mañana estaban en el mar de la Riviera.” “Ya, ya, vosotros siempre sois los mismos, con vuestros servilismos decadentes y putrefactos; siempre con las anchas orejas tendidas para espiar los arrastrados pasos de la Muerte. ¡Pobres diablos! Gracias, Corbera, eres un buen ‘famulus’. Lástima que estos erizos no sean del mar de allá abajo, que no estén envueltos en nuestras algas; sus agujones, ciertamente, nunca han derramado sangre divina. Pero también es verdad que has hecho todo lo que



era posible; estos erizos son casi buenos, pues dormitaban en las escolleras frías de Nervi o de Arenzano.” Se trataba de uno de esos sicilianos para los que la Riviera Ligure —región tropical según los milaneses— es, en cambio, una especie de Islandia. En las conchas abiertas, los erizos mostraban su carne herida, sanguinolenta, extrañamente compartimentada. Nunca les había prestado mucha atención, pero ahora, después de las vivaces comparaciones del senador, los erizos me parecían de verdad una vivisección hecha en quién sabe qué delicados órganos femeninos. El los degustaba con avidez, pero sin alegría, recoleto, casi compungido. No quiso ponerles jugo de limón. “Vosotros siempre con vuestros sabores acoplados. El erizo debe saber a limón, a azúcar, a chocolate, el amor debe saber a paraíso.” Cuando terminó de comerlos bebió un poco de vino, cerró los ojos. Un momento después me apercibí de que bajo sus párpados marchitos resbalaban dos lágrimas. Se alzó, se acercó a la ventana y se enjugó subrepticamente los ojos. Luego se volvió. “¿Nunca has estado en Augusta, Corbera?” Estuve tres meses allí, como recluta. Durante las horas libres mis compañeros y yo cogíamos una barca con remos para bogar en las aguas transparentes de los golfos. Guardó silencio después de mi respuesta. Luego, con voz irritada: “¿Y en aquel golfito interno, más allá de la Punta Izzo, tras la colina que se levanta desde las salinas, habéis estado allí, cabezones?” “Desde luego; es el paraje más bello de Sicilia, afortunadamente no descubierto aún por los vacationistas. Es una costa salvaje, ¿verdad, senador?, completamente desierta; no se ve ni una sola casa y el mar tiene el color de los pavorreales, y precisamente enfrente, más allá de las olas cambiantes, sube el Etna. Desde ningún otro lugar es más bello que desde allí; calmo, poderoso, en verdad divino. Es uno de esos lugares en que se descubre el aspecto eterno de esa isla que tan tontamente ha vuelto sus espaldas a su vocación, que era la de servir de pasto a los rebaños del sol.”

El senador callaba. Luego me dijo: “Eres un buen muchacho, Corbera. Se podría hacer algo de ti si no fueras tan ignorante.” Se me acercó y me dio un beso en la frente. “Ahora vamos por tu molinillo; quiero regresar a casa.”

Durante las siguientes semanas seguimos viéndonos como de costumbre. Paseábamos de noche. Por la calle Po o atravesando la militarota Piazza Vittorio íbamos a mirar el río presuroso y la Colina, intercalándolo todo con un tantito de fantasía en el rigor geométrico de la ciudad. Empezaba la primavera, la conmovedora estación de la juventud amenazada; en las espondas despuntaban las primeras lilas, las más apremiantes que desafiaban la humedad de la hierba. “Allá abajo ya quema el sol, las algas florecen; los peces suben a flor de agua en las noches de luna y pueden entreverse escabullimientos de cuerpos en las espumas luminosas. Nosotros

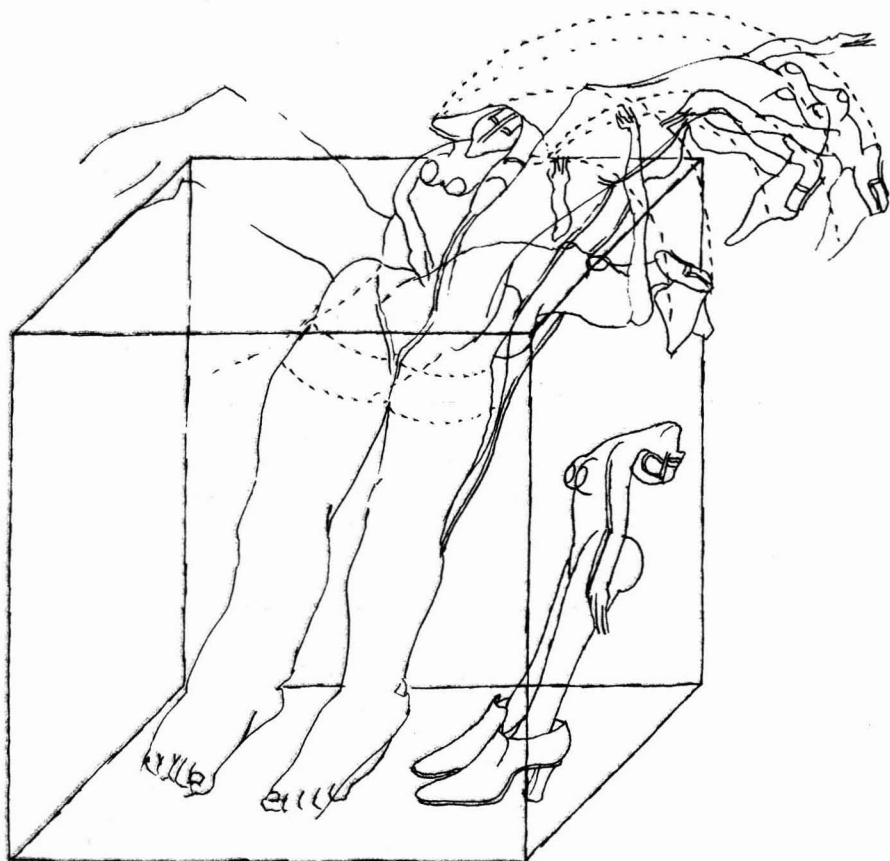


estamos aquí frente a esta corriente de agua insípida y desierta, en estos cuartelones que parecen soldados o monjes alineados. Oímos los sollozos de esos acoplamientos de agonizantes." Lo alegraba, sin embargo, pensar en su próxima navegación hacia Lisboa; su partida se acercaba. "Será placentera. Tú también deberías venir, pero es una lástima que en esa comitiva no puedan ir los deficientes en griego. Conmigo se puede hablar todavía en italiano, pero si con Zuckmayer o con Van der Voos no demostraras conocer los optativos de todos los verbos irregulares estarías frito, a pesar de que tú estás tan consciente de la realidad griega como ellos, no por tu cultura, claro, sino por instinto bestial."

Dos días antes de su viaje hacia Génova me dijo que no iría al café, pero que me esperaba en su casa a las nueve de la noche.

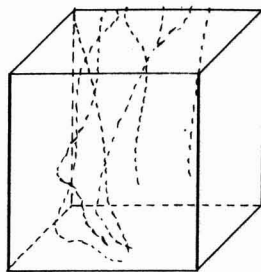
El ceremonial fue idéntico al de la otra vez: las imágenes de los Dioses de tres mil años antes irradiaban juventud como una estufa irradia calor; la descolorida fotografía del joven dios de cincuenta años antes parecía asustada de mirar su propia metamorfosis encanecida y derrumbada en la poltrona.

Después de beber el vino de Chipre, el senador



llamó a Bettina y le dijo que se podía ir a dormir. "Yo mismo acompañaré al señor Corbera cuando se marche." Esperó a que Bettina se alejara. Cuando ésta cerró tras de sí la puerta, me dijo: "Mira, Corbera; si te hice venir esta noche, a riesgo de arruinarte alguna fornicación en Rivoli, es porque te necesito. Parto mañana, y cuando se va un viejo como yo, jamás puede saberse si es un viaje para nunca regresar, especialmente cuando se viaja por mar. Sabes que yo te quiero bien en el fondo: tu ingenuidad me conmueve, tus descubiertas maquinaciones vitales me divierten, y, además, me parece haber comprendido que tú, como ocurre con algunos sicilianos de la mejor especie, has logrado cumplir la síntesis de sentidos y razón. Mereces, pues, que no te deje desorientado, que no me vaya sin explicarte antes la razón de algunas de mis rarezas, de algunas frases que me has oído y que con sobradas razones te habrán parecido dignas de un loco." Protesté débilmente: "No he comprendido muchas de las cosas que dice, pero siempre lo he atribuido a alguna aberración de mi mente; jamás he pensado que la culpa sea suya." "Déjate de tontearías, Corbera, lo mismo da. Todos los viejos como yo les parecemos viejos a todos los jóvenes pero frecuentemente resulta todo lo contrario. Para explicarme, sin embargo, debo contarte toda mi insólita aventura. Ocurrió cuando yo era ese "señorito." Y me mostraba su fotografía. "Es necesario que nos remontemos al 1887, un año que a ti te parecerá prehistórico, pero que para mí es todo lo contrario."

Se levantó de la poltrona, y pasando por atrás del escritorio, vino a sentarse en mi mismo diván. "Perdona, pero debo hablarte en voz baja. Las palabras importantes jamás deben decirse berreando; el 'aullido de amor' o de odio sólo se encuentra en los melodramas o entre la gente más inculta, que al fin de cuentas son la misma cosa. En 1887 yo tenía veinticuatro años. Mi aspecto de entonces puedes verlo en esa fotografía. Ya me había licenciado en literaturas antiguas y había publicado dos ensayitos sobre los dialectos jónicos, que hicieron cierto ruido en mi universidad; desde un año atrás me preparaba para el concurso de oposición en la Universidad de Pavía. Otra cosa: jamás me había acercado a una mujer. A decir verdad, jamás me he acercado a una mujer ni antes ni después de ese año." Yo estaba seguro de que mi cara conservaría una marmórea impassibilidad, pero me engañaba. "Tus parpadeos son de lo más vulgar, Corbera: lo que te he dicho es verdad, una verdad que me honra. No ignoro que los cataneses tenemos la fama de ser capaces de embarazar a nuestras mismas nodrizas; y puede ser justa. Pero no en lo que a mí respecta. Cuando alguien ha frecuentado día y noche diosas y semidiosas como lo hacía yo en esos tiempos, queda muy poco deseo para subir las escaleras de los prostíbulos de S. Berillio. Por otra parte, en ese



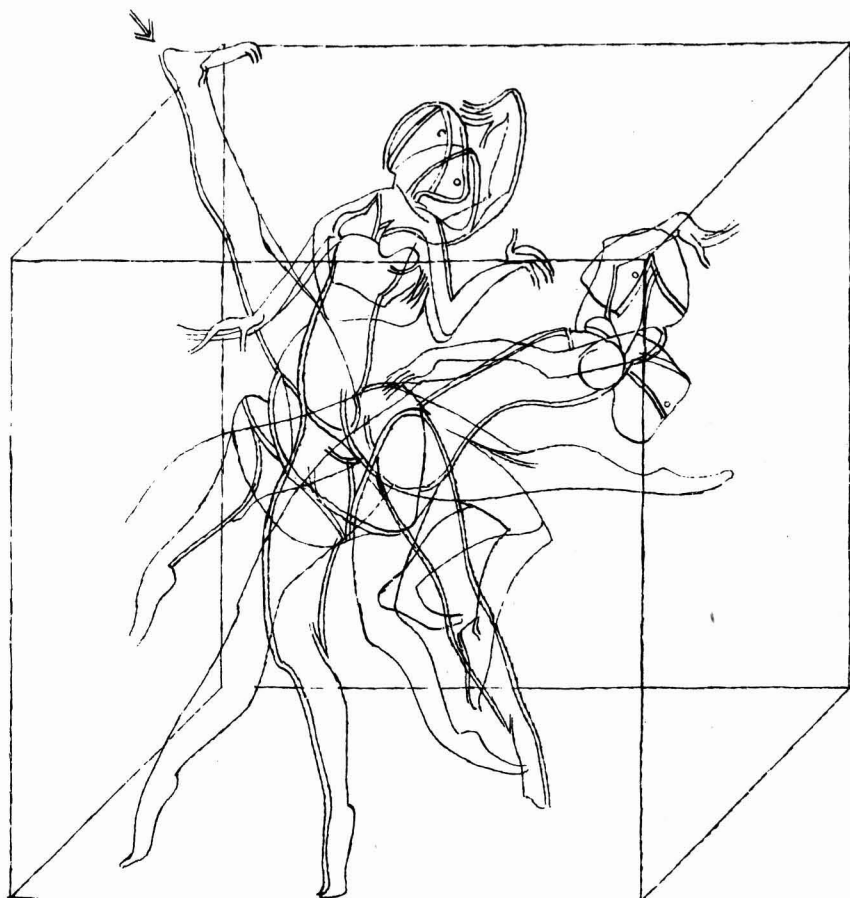
entonces también me encadenaban los escrúpulos religiosos. Corbera: deberías aprender a controlar tus cejas; continuamente te traicionan. Sí, he dicho escrúpulos religiosos. También dije 'entonces'. Ahora ya no los tengo, pero nada tienen que ver en este asunto.

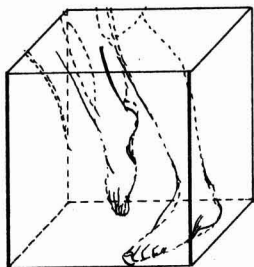
"Tú, Corberilla, que posiblemente has obtenido tu empleo en el periódico gracias a una recomendación de algún jerarca, no puedes saber lo que es la preparación en un concurso de oposición para conquistar la cátedra universitaria de literatura griega. Es menester agobiarse durante dos años hasta los límites de la demencia. Por fortuna conocía bastante bien esa lengua, en la misma medida que ahora la conozco, y no lo digo sólo por decirlo, ¿sabes? ... Pero lo demás: ¡las variantes alejandrinas y bizantinas de los textos; los fragmentos citados, casi siempre mal, por los autores latinos; las innumerables conexiones de la literatura con la mitología, la historia, la filosofía, las ciencias! Son para enloquecer, te lo repito. Por eso estudiaba como un perro y tenía que dar lecciones a algunos preparatorianos reprobados para poder pagar un cuarto en la ciudad. Podría decir que me alimentaba sólo con aceitunas negras y café. Y para colmo, sobrevino la catástrofe

en ese verano de 1887, el Etna volvía a vomitar el ardor del sol almacenado durante las quince horas del día, si al mediodía se tocaba un barandal, era necesario acudir inmediatamente al hospital; los empedrados de lava parecían estar a punto de regresar a su estado fluido y casi todos los días el siroco te azotaba la cara con sus alas de murciélago viscoso. Estuve a punto de reventar. Un amigo me salvó: me encontró mientras andaba yo por las calles, trastornado, balbuciendo versos griegos que ya no podía comprender. Mi aspecto, lo impresionó. 'Rosario, óyeme: si te sigues quedando aquí enloqueces y adiós concurso. Yo me voy a Suiza (aquel muchacho tenía dinero), pero en Augusta tengo una casucha con tres cuartos y a veinte metros del mar, muy retirada del pueblo. Leva anclas, coge tus libros y vete a pasar allá todo el verano. Pasa por mi casa dentro de una hora y te doy las llaves. Ya verás que la vida allá es otra cosa. Pregunta en la estación dónde está el casino Carobene, todos lo conocen. Pero vete de veras, vete esta misma tarde.'

"Seguí su consejo y partí esa misma tarde. Al día siguiente, al despertarme, en lugar de la turbulencia de las cajas de agua de los excusados que estaban en el patio, y que me saludaban al alba, me encontré frente a la sola extensión del mar, con el Etna al fondo, no despiadado ya, sino envuelto en los vapores de la mañana. El puerto estaba completamente desierto —como lo sigue estando, según me dijiste—, quieto en su belleza inigualable. En sus tres cuartos arruinados, la casita solamente tenía un sofá, donde pasé la noche, una mesa y tres sillas; un anafre, una cacerola y un quinqué en la cocina. Detrás de la casa había un pozo y una higuera. El paraíso. Fui al pueblo y hablé con un peón que cultivaba las tierras de Carobene. Convinimos en que cada dos o tres días él me llevaría el pan, la pasta, alguna verdura y petróleo. Yo tenía aceite, nuestro aceite que mi pobre madre me mandó a Catania. Alquilé una pequeña barca, muy ligera, que un pescador me llevó esa misma tarde, y me dejó una nasa y un anzuelo. Yo estaba decidido a pasar allí por lo menos dos meses.

"Carobene tenía razón: aquello era otra cosa. El calor también era muy violento en Augusta, pero sin la reverberación de empedrados y muros; no provocaba la postración bestial, sino una especie de sumisa euforia; y el sol, sin su jeta de carnicero, se contentaba con ser un risueño y tosco donador de energías, un mago que engarzaba diamantes móviles en las más leves encrespaduras del mar. El estudio dejó de ser una fatiga: en el vaivén ligero de la barca, donde me quedaba largas horas, los libros no parecían ya un obstáculo por superar, sino más bien una llave que abría el paisaje en un mundo del cual tenía ya frente a mis ojos su elemento más hechizante. Seguido declamaba en voz alta versos de los poetas y nombre de aquellos Dioses olvidados, ignorados; afloraban de nuevo en la superficie de ese





mar que en otros tiempos, sólo de oírlos, se soliviantaba tumultuosamente o se serenaba en su bonanza.

“Mi aislamiento era casi absoluto, sólo interrumpido por las visitas del campesino que cada tres o cuatro días me llevaba las escasas provisiones. Nunca se quedaba más de cinco minutos, porque al verme tan exaltado y desaliñado, seguramente me consideraba al borde de una locura peligrosa. Y era verdad; el sol, la soledad, las noches que pasaba bajo el rodar de las estrellas, el silencio, la escasa alimentación, el estudio de argumentos remotos estaban a mi alrededor como un encantamiento que me predisponía al prodigio.

“Este se cumplió el cinco de agosto a las seis de la mañana. Me había despertado un poco antes y pronto abordé la barca. Con unos cuantos golpes de remo me alejé de las piedras de la playa y me detuve bajo una roca, cuya sombra me protegería del sol que ya se levantaba, inflado de hermosa furia y cambiando en oro y azul el candor del mar auroral. Mientras yo declamaba sentí una brusca sacudida en el borde de la barca, atrás de mí, como si alguien se apoyara para subir. Volté rápidamente y la vi: tenía el terso rostro de una muchacha de dieciséis años que emergía del mar apoyando sus manos menudas en el maderamen de la barca. Aquella adolescente me sonreía, separando apenas sus labios pálidos, dejando entrever unos dientecitos agudos y blancos, caninos. No era una de esas sonrisas que se ven entre vosotros, abastardadas por una expresión accesoria de benevolencia, de ironía, de piedad, de crueldad o lo que fuere; aquella sonrisa sólo se expresaba a sí misma; es decir, con una bestial dicha de existir, casi una divina alegría. Su sonrisa fue el primer sortilegio que obró en mí, revelándome paraísos de serenidades olvidadas. De sus desordenados cabellos color de sol el agua del mar escurría sobre sus ojos verdes, abiertísimos, y sobre las facciones de pureza infantil.

“Nuestra sombría razón, siempre predisuelta, se planta delante del prodigio tratando de apoyarse en el recuerdo de fenómenos banales. Como cualquier otro creí estar frente a una bañista. Moviéndome con precaución me incliné para ayudarla a subir; pero ella, con sorprendente vigor, emergió directamente del agua, me ciñó el cuello con sus brazos y, envolviéndome en un perfume jamás sentido, se deslizó hacia el fondo de la barca: bajo la ingle, bajo los glúteos su cuerpo era el de un pez, recubierto de menudísimas escamas azules, nacaradas, terminando en una cola bifurcada que palmeaba contra el fondo de la barca. Era una Sirena.

“Apoyando la posterior de su cabeza sobre las manos entrelazadas, mostraba con tranquilidad impudica la delicada pelusa de las axilas, los senos abiertos, el vientre perfecto. Exhalaba algo que tan mal he llamado perfume: era un mágico olor de mar, una precocísima voluptuosidad. Estábamos a la som-

bra, pero a veinte metros de nosotros la marisma se abandonaba al sol y bramaba de placer. Mi casi completa desnudez ocultaba muy mal mis emociones.

“Al hablar me envolvió, después de la sonrisa y el aroma, en el tercer y más enorme sortilegio, que era el de su voz ligeramente gutural, velada, resonando en innumerables armonías. Sus palabras tenían el ritmo de las resacas perezosas de los mares del estío, el rumor de las últimas espumas en la playa, el paso del viento sobre las ondas lunares. El canto de las Sirenas no existe, Corbera; la música de la que nadie escapa es la de su voz.

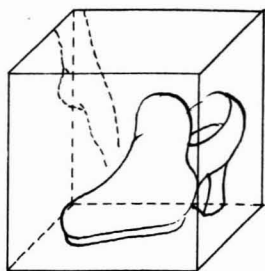
“Hablabla en griego, pero yo difícilmente la entendía. ‘Te he oído hablar en una lengua muy parecida a la mía. Me gustas. Quiero ser tuya. Yo soy Lighea, hija de Calíope. No creas en las fábulas que nos inventan: no matamos a nadie, solamente amamos.’ ”

“Comencé a remar sin dejar de mirar sus ojos risueños. Llegamos a la orilla y tomé entre mis brazos su cuerpo aromático; dejando atrás la luz enceguedora pasamos a la densa sombra. Su boca instilaba ya una voluptuosidad tan parecida a vuestros besos terrestres como un buen vino frente a un agua sosa.”

El senador contaba en voz muy baja su aventura: y yo —que siempre contrapuse mis desvariadas experiencias femeninas a las suyas, que consideraba mediocres— me sentí humillado: hasta en asuntos amorosos me llevaba una ventaja insuperable. En ningún momento pensé que estuviera mintiendo, y quienquiera que hubiera estado allí presente, el más escéptico, habría advertido en el tono del anciano que sólo estaba diciendo la verdad.

“Así, comenzaron aquellas tres semanas. No sería lícito ni piadoso referirte particularidades. Baste con decirte que yo gozaba aquellas complejidades: junto a las más altas formas de voluptuosidad espiritual estaba también esa elemental, privada de cualquier resonancia social, la misma que nuestros pastores solitarios experimentan cuando en los montes se ayuntan con sus cabras. Si la comparación te repugna, es porque no estás maduro para comprender la necesaria trasposición del plano bestial al sobrehumano; en mi caso, planos superpuestos.

“Vuelve a pensar en todo aquello que Balzac no se atrevió a expresar en la *Passion dans le désert*. De sus miembros inmortales brotaba tal potencial de vida, que las pérdidas de energía venían rápidamente compensadas y, no dudaría al decirlo, aun acrecidas. En esos días he amado, Corbera, lo que cientos de vuestros Don Juanes han amado durante toda su vida. ¡Y qué amores! Al reparo de conventos y de delitos, del rencor de los comandadores y de la trivialidad de los Leporello, lejos de las pretensiones del corazón, de los suspiros falsos, de las ficticias delicuescencias que inevitablemente manchan vuestros besos miserables. Y un Leporello tenía que ser



el que nos molestó el mismo primer día: hacia las diez de la mañana oí el ruido de los zapatones sobre el sendero. Apenas tuve tiempo de cubrir con una sábana el cuerpo insólito de Lighea, pero él estaba ya en el umbral de la puerta. La cabeza, el cuello, los brazos de Lighea quedaron al descubierto, y el Leporello creyó que se trataba de una aventura vulgar, lo que le infundió un improviso respeto. Se entretuvo un poco menos de lo acostumbrado, me hizo un guiño con su ojo izquierdo, y con el pulgar y el índice de la mano derecha se retorció la punta de un bigote imaginario. Se alejó por el sendero.

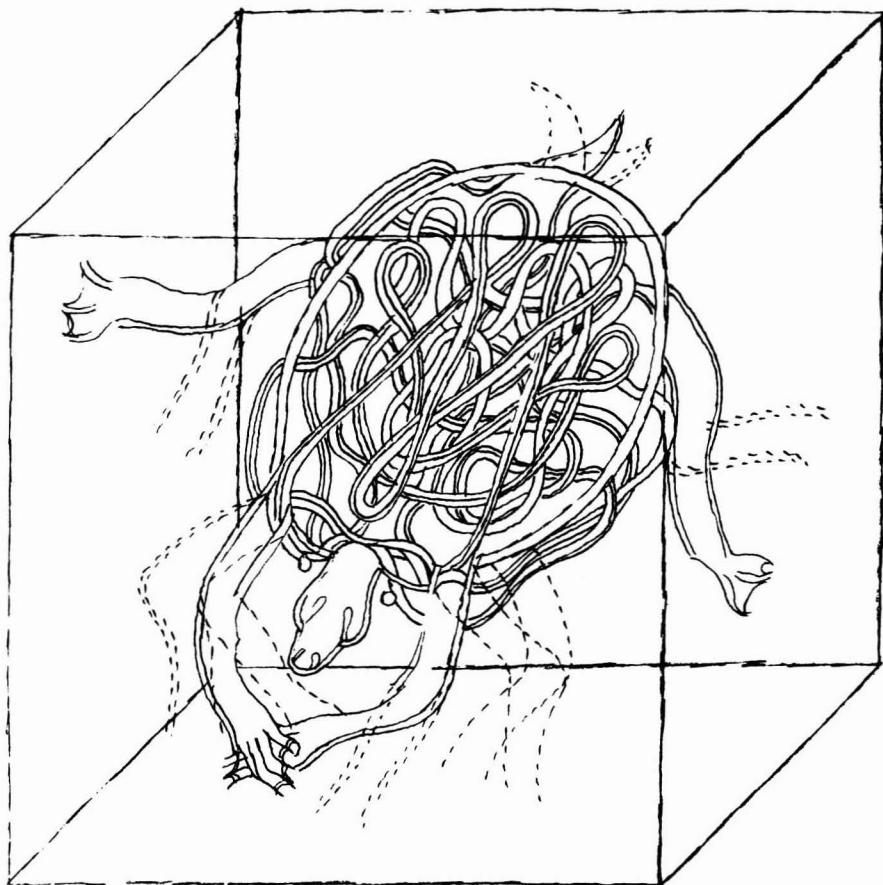
“He hablado de veinte días que pasamos juntos; sin embargo, no quisiera que imaginaras que llevábamos una vida ‘marital’, como vulgarmente se dice, compartiendo un lecho común, comidas y quehaceres. Ella se ausentaba con mucha frecuencia; sin avisármelo, se zambullía en el mar y no volvía a aparecer sino después de muchas horas. Cuando regresaba, y esto era generalmente al amanecer, me hallaba en la barca, o si permanecía aún en la casucha, se arrastraba entre las piedras de la orilla con medio cuerpo fuera del agua, apoyándose con sus brazos y llamándome para que la ayudara a subir la pendiente. ‘Sasá’, me decía —pues le dije

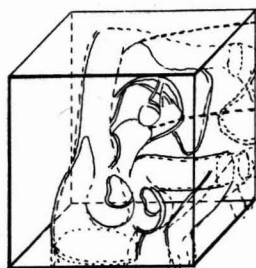
que éste era el diminutivo de mi nombre—. En esa acción, estorbada precisamente por esa parte de su cuerpo que en el mar le daba desenvoltura, presentaba un aspecto de animal herido, aspecto que pronto se desvanecía con la risa de sus ojos.

“Lighea solamente comía cosas vivas. Muchas veces la vi salir del mar, con su torso resplandeciente bajo el sol, destrozando con sus dientes peces plateados y temblorosos; la sangre le manchaba el mentón, y después de mordisquear la merluza o la dorada, la lanzaba violentamente hacia atrás, manchándole de sangre la espalda, y ella gritaba infantilmente, mientras el pez volvía al agua. Ella se quedaba limpiándose los dientes con la lengua. Una vez le di a probar vino; no pudo beberlo del vaso y le serví un poco sobre la palma de su mano, pequeña y ligeramente verdosa. Lo bebió a lengüetazos, como beben los perros, y en sus ojos se pintaba la sorpresa ante aquel sabor desconocido. Dijo que era bueno, pero no quiso volver a beberlo. De vez en cuando llegaba a la playa con las manos llenas de ostras y mejillones, y mientras yo sufría tratando de abrirlos con un cuchillo, ella los aplastaba con una piedra y chupaba los moluscos palpitantes junto con los pedazos de concha, sin que esto le importara.

“Ya te lo he dicho, Corbera: era una bestia, pero al mismo tiempo era una inmortal, y es una lástima que las palabras no logren expresar esta síntesis como ella la expresaba con su propio cuerpo. No sólo en el acto carnal manifestaba una jocundidad y una delicadeza opuestas a la obscura libidine animal, sino que también su conversación poseía una inmediatez poderosa que he vuelto a encontrar muy pocas veces en los grandes poetas. No por nada es hija de Calíope; en lo profundo de todas las culturas, ignorante de toda sabiduría, desdén de cualquier constricción moral, ella forma parte del venero de cualquier cultura, de cualquier sabiduría, de cualquier ética, y sabía expresar su primigenia superioridad en términos de escabrosa belleza. ‘Soy todo porque sólo soy corriente de vida priva de accidentes; soy inmortal porque en mí confluyen todas las muertes, desde aquella de la merluza hasta la de Zeus, reunidas en mí vuelven a convertirse en vida ya no individual y determinada, sino pánica, y, por lo tanto, libre.’ Después decía: ‘Tú eres joven y hermoso; si me siguieras ahora te librarías de los dolores y de la vejez. Conocerías mi morada, bajo los altísimos montes de aguas inmóviles y oscuras, donde todo es silenciosa quietud, tan congénita, que ni siquiera puede advertirla quien la posee. Yo te amo, recuérdalo. Cuando estés cansado, cuando no soportes más, sólo tienes que asomarte al mar y llamarme: yo estaré siempre allí, porque estoy en todos los mares, y tu sed de sueño será saciada.’ ”

“Me contaba de su vida bajo el mar, de los Tritones barbudos, de las cavernas glaucas; pero decía que éstas eran también apariencias fatuas, y que la verdad estaba más bien en el fondo, en el





ciego y mudo palacio de las aguas informes, eternas, sin destellos, sin susurros.

"Una vez me dijo que se ausentaría por mucho tiempo, hasta la tarde siguiente. 'Debo ir muy lejos, hasta donde sé que encontraré un regalo para ti.'

"Y regresó con un estupendo ramo de coral púrpura incrustado de caracolutos y líquenes marinos. Lo conservé mucho tiempo en un cajón, y todas las tardes lo besaba en aquellas partes donde recordaba que posó sus dedos la Indiferente, es decir la Benéfica. Tiempo después María, el ama de llaves que precedió a Bettina, lo robó para dárselo a su querido. Pasó tiempo y lo encontré después en una joyería del Ponte Vecchio: estaba devastado, secularizado y pulido, casi irreconocible. Lo compré y, una noche, lo arrojé al Arno. Había pasado ya por demasiadas manos profanas.

"También me hablaba de los no pocos amantes humanos en su adolescencia milenaria: pescadores y marineros griegos, sicilianos, árabes, sardos y numerosos naufragos a la deriva de podridos maderámenes, en donde ella aparecía un instante entre los relámpagos de la borrasca, para cambiar en placer sus últimos estertores. 'Todos aceptaron mi invitación; algunos en esos mismos momentos, otros después de lo que ellos consideraban mucho tiempo.

Sólo uno no volvió a buscarme; era un hermoso muchacho de piel blanquísima, pelirrojo, al que me uní en una playa lejana allí donde nuestro mar se junta con el Gran Océano. Ese muchacho exhalaba un olor aún más fuerte que el vino que me diste el otro día. Creo que no ha vuelto no tanto porque haya sido infeliz, sino porque estaba tan ebrio cuando nos encontramos que no pudo entender nada; seguramente me confundió con alguna de sus pescadoras.'

"Aquellas semanas del gran verano transcurrieron como una sola semana. Cuando pasaron, me di cuenta de que en realidad había vivido lo que se vive en siglos. Esa muchachita lasciva, esa fierecilla cruel era también Madre Sapientísima que con su sola presencia desarraigó creencias y dispó metafísicas. Con sus dedos frágiles, muchas veces ensangrentados, me mostró el camino hacia los verdaderos descansos, hacia un ascetismo vital derivado no de la renuncia, sino de la imposibilidad de aceptar cualesquier otro placer inferior. Ciertamente no seré yo el segundo en desoír su llamado, no seré yo quien rechace esta especie de gracia pagana que me ha sido concedida.

"En razón de su misma violencia, fue breve ese verano. Un poco después, el veinte de agosto, se reunieron las primeras tímidas nubes; llovió una que otra gota, tibia como sangre. En el lejano horizonte, las noches fueron una concatenación de lentos, mudos relámpagos, que se deducían, uno del otro, como las cogitaciones de un dios. En la mañana color de tórtola como una tórtola se do-

lía de sus inquietudes arcanas, y al atardecer se encrespaba sin que se percibiera ninguna brisa, en una degradación de gris-humo, gris-acero, gris-perla, suavísimos todos y más afectuosos que el esplendor anterior. Lejanos jirones de niebla rozaban las aguas: tal vez había comenzado a llover en las costas griegas. El humor de Lighea también demudó su esplendor en la afectuosidad del gris. A menudo quedaba callada; permanecía durante horas tendida en un escollo, mirando el horizonte intranquilo; se alejaba poco. 'Quiero quedarme todavía contigo. Si ahora me fuera al mar abierto mis compañeros me retendrían. ¿Los oyes? Me llaman'. 'Realmente me parecía escuchar una nota distinta, más grave, mezclada con los gritos agudos de las gaviotas; vislumbres de desenfrenos fulminantes entre los escollos. 'Tañen sus caracoles, llaman a Lighea para que asista a las fiestas de la tormenta.'

"Esta nos asaltó al alba del día veintiséis. Desde el escollo vimos acercarse el viento que trastornaba las aguas distantes; junto a nosotros las olas plomizas se hinchaban vastas y perezosas. Pronto nos alcanzó la ráfaga. Silbó en nuestras orejas, dobló los romeros resecos. A nuestros pies el mar rompió con la primera ola coronada de blancura. 'Adiós, Sasá. No lo olvides.' La ola enorme se estrelló contra el escollo y Lighea se arrojó en la irrisación chorreante. No volví a verla, me pareció que se deshacía en la espuma."

El senador partió a la mañana siguiente. Me presenté en la estación para despedirlo. Estuvo quisquilloso y cortante como de costumbre; pero cuando el tren comenzó a moverse, se asomó a la ventanilla y rozó mi cabeza con sus dedos.

Al amanecer del día siguiente hablaron por teléfono al periódico: desde Génova comunicaron que durante la noche el senador La Ciura cayó al mar desde la cubierta del *Rex*, que navegaba hacia Nápoles, y que aunque pronto enviaron los botes de salvamento, su cuerpo no fue encontrado.

Una semana más tarde leyeron el testamento: para Bettina el dinero depositado en el banco y el mobiliario; la biblioteca para la Universidad de Catania, y en un codicilo con fecha reciente me heredaba la crátera griega ilustrada con figuras de sirenas y la enorme fotografía de la *Coré* del Acrópolis.

Me enviaron los dos objetos a mi casa de Palermo. Luego vino la guerra y, mientras yo estaba en Marmarica con medio litro de agua al día, los "Liberators" destruyeron mi casa. Al regresar vi que rompieron la fotografía y que con los pedazos hicieron antorchas los saqueadores nocturnos; la crátera estaba despedazada. En el fragmento más grande se veían los pies de Ulises, amarrado al mástil de la nave. Aún lo conservo. Los libros fueron almacenados en los sótanos de la Universidad, y como no hay dinero para hacerles la estantería, allí se siguen pudriendo lentamente.